

Federico Reyes Heróles, novelista

Reconocernos en las palabras

Vicente Gómez Montero

El universo narrativo de Federico Reyes Heróles es explorado en este ensayo del escritor tabasqueño Vicente Gómez Montero al sumergirse en las aristas políticas e históricas de cuatro novelas: Noche tibia, El abismo, Canon y Ante los ojos de Desirée.

A Lorena, porque sabe de estas cosas, aunque no las dice

El recuerdo y los sueños de una nación se tienen que plasmar en palabras. Sólo la palabra permite reconocernos, compartir, ser en lo individual y en lo colectivo. Pero la palabra no cae de un árbol como fruto gracioso. La palabra necesita de ingenieros que consoliden los cimientos, de arquitectos que imaginen una forma y —quizá lo más difícil de encontrar— de un alma que sienta por sí misma y por los demás.

FEDERICO REYES HERÓLES

LOS MOTIVOS DEL ÁRBITRO

Definitivamente, la invención de la novela política, con problemas políticos netamente mexicanos, es reciente. El último suceso histórico que cimbró a nuestros escritores fue el 2 de octubre de 1968; la literatura mexicana buscó explicarse este fenómeno con *Palinuro de México* de Fernando del Paso o ese furioso alegato contra el suceso, *Los símbolos transparentes* de Gonzalo Marté. Pero la Historia sigue su curso y en el espectro de la narrativa aparecen nuevos novelistas que ofrecen la continuación, la exagerada continuación de nuestro retablo nacional. Pero, hay que admitirlo, saltamos a la narcenovela dejando de lado el asesinato de Luis Donaldo Colosio. Hay por ahí una deuda de los escritores con la sociedad. Supongo que es más fácil hablar del crimen

organizado que de la muerte de un político que tiene visos de tragedia. Siempre hay escritores que quieren hacernos reflexionar sobre la historia entre 1970 y 2000. Aunque estos sean la excepción, los menos.

Héctor Aguilar Camín dispone las piezas para una consecuencia lógica de la revolución frustrada. Carlos Fuentes, con toda la astucia que el oficio le dio, nos habla en sus novelas después de *Terra nostra* del México que ve volverse decadente, oprimido, voraz, esgrimiendo como única pasión la corrupción, que somos todos, afirmaba una revista musical de aquellos años. *La cabeza de la hidra* y *Morir en el golfo* son novelas que tratan de explicarse la realidad, la irre realidad, mexicana transformándola en literatura. Cuando creíamos que nada iba a sorprendernos ahí están las novelas de Federico Reyes Heróles con las variaciones culturales de este singular melómano; siento mucho que no haya quien hable de esta vocación de Reyes Heróles que emite sonidos, buen escuchante al fin, desde las páginas de su obra literaria.

Al comenzar a leer *Noche tibia* quise entender que el conflicto, nunca verdaderamente especificado, es el alzamiento zapatista en sierras chiapanecas. Sin embargo, Reyes Heróles nos habla de un conflicto aun más lejano en el mapa político de México, en el sureste del país, donde conviven, a fuerzas, terratenientes y campesinos

en una agreste dualidad sureña. La mejor explicación del conflicto, de cualquier conflicto que arrastra siglos de sumisión y saña, la da una vieja película del Cine de Oro mexicano, *Al son de la marimba*. Ahí, Joaquín Pardavé dice a unos azorados viajeros citadinos: “Mire usted, aquí mis tierras miden diez hectáreas así [a lo ancho] y otras diez así [a lo largo]; aquí come el que yo quiero, tiene trabajo el que quiero, se casan según mi anuencia, ¿cree que si ordeno que no les den posada o alimenten, me van a desobedecer?”. Eso dicho en 1945, o más adelante. Federico Reyes Heróles, en la novela que nos ocupa, ofrece un atisbo al conflicto de tierras expropiadas, de líderes corrompidos y de conciencias críticas que definen la Verdad, porque la Verdad prevalece aunque no la veamos de inmediato. Aunque parezca extraño, Reyes Heróles a través de su protagonista sabe que descubrir la Verdad no necesariamente será lo mejor.

Manuel Meñueco, el protagonista, es lanzado a San Mateo para dirimir, aunque no con poderes plenipotenciarios, el conflicto de usurpación, de posible usurpación de tierras. Mientras más se adentra en las entrañas del conflicto encuentra razones para simpatizar con los querellantes más que con los propietarios. Él mismo, al desentrañar las sombras de su ascendencia, busca en la morenez de la gente, en el conflicto mismo, en lo silvestre de los habitantes de San Mateo una muestra de cordura. Siente que algo no está bien, que algo se desplaza entre los que aman la tierra y los que la utilizan. “¿Por qué escribo? No lo sé todavía”, dice Meñueco en un diario epistolar que establece con su ex esposa, Elía, la que recibe las cuitas de Meñueco, a la vez depositaria y espejo.

La relación del protagonista con Elía nos da la doble oportunidad para desarrollar el avance de la novela. Elía narra igualmente la búsqueda de quienes fueron sus padres. Elía y Manuel rehacen el camino doblemente atrayente, porque aquí vemos la pericia del narrador. Mientras se desarrolla el conflicto político circundado de pomposos funcionarios que trasudan ineficacia, también asistimos al espacio donde los esposos, separados, se cuentan sus vidas, sus deslices, sus anhelos, sus decepciones. Meñueco se desilusiona del sistema político mexicano, notando una deformidad en él. Meñueco no es ingenuo, pero no comprende de todo a todo su papel en este inesperado brote de insurrectos que lanzan bravatas para asustar, y asustan. El protagonista lo sabe: ha fracasado la modernidad. “Nuestras ciudades son destiempos. Nuestro desarrollo industrial un contratiempo”, dice Meñueco en otro lugar de *Noche tibia*.

Él mismo lo sabe: por mucho afán de resolver el conflicto, éste tiene llagas que supuran. Darle una aspirina al enfermo no sirve de nada. Además, Meñueco lucha contra el pasado, su pasado, el de Elía, el de saberse el sobreviviente de una estirpe que ha enterrado dos hermanos. Al nacer él y vivir, fue bautizado con ese

nombre vivo. El dolor por serlo, por permanecer vivo se ajusta en cada línea que hace Meñueco en las cartas intercambiadas con Elía. Ambos ofrecen una colección de misivas donde intercambian su historia, su pasado, el de sus padres y abuelos, hasta noticias de carácter local, internacional, noticias que ubican el contexto de la acción. En una de ellas, Reyes Heróles hace mención de una niña de doce años que sube a la torre de microondas de Telmex buscando suicidarse. Esta noticia ubica el entorno tabasqueño, pues ocurrió en este estado por los años ochenta; el nombre del corresponsal, Audelino Macario, es suficiente para hacernos volver la vista a Tabasco. Otras referencias a la geografía, como la carambola, fruta con la que se hace una deliciosa agua, o la forma feroz con que se cocina la tortuga, nos hacen pensar en el conflicto aquel que no tuvo solución, ése donde las tierras expropiadas no se pagaron, los líderes fueron comprados, la justicia se escondió, dejando una cicatriz que nadie cerró, supurando aún en nuestro trópico, destilando podredumbre.

Novela de apuestas, de fuerzas, de acordes cotidianos, *Noche tibia* nos recuerda que los sucesos deben narrarse siempre avanzando, creando ese elemento perturbador que nos invita a continuar la lectura. Los esfuerzos de Meñueco por resolver el conflicto, aun a costa de sí mismo, revelan el monstruo que duerme en cada una de las facetas no resueltas de México, léase racismo, esclavitud, maldad, abuso, corrupción. Al final, no sin luchar, aunque la lucha de Meñueco resulta estéril, la zona recupera una tranquilidad a fuerzas, misma que durará hasta las próximas elecciones. Mientras tanto, Elía y Manuel Meñueco han pasado por todos los estadios de afirmación, reafirmación del amor. Ambos tienen otras parejas que no los satisfacen porque ambos saben que el amor verdadero está en ellos, no en los otros.

Antes de lanzarme a concluir con *Noche tibia*, debo mencionar a Santiago Fernández Lizaur, ese increíble académico que logra el desarme imponiéndose con la voluntad de quien ha vivido en la certeza de hacer lo correcto. *Noche tibia* concluye con la reunión de la pareja. Elía y Meñueco se reúnen a degustar vinos y comer deliciosos manjares porque ellos, sibaritas, entienden que no podrán atravesar el espejo, uno en dirección del otro, mientras no aclaren sus puntos de vista, sus deseos, su amor. *Noche tibia* es una obra de enorme sensatez. Meñueco es el árbitro, ese árbitro que ofrece razones muy válidas que nadie quiere escuchar. Los contendientes se obcecán en su dicho. Invadir. Meñueco no sabe cómo hacer que ese monstruo al que la injusticia y el dolor despertaron vuelva a cerrar los ojos.

Reyes Heróles ofrece, en palabras de Elía, contar su vida en su propio idioma, dar razones que pesan. La curiosa cara del personaje que se ha elegido para internarnos en la vida de una comunidad que está a punto

de salir del ostracismo es la del árbitro, la del conciliador que al final se siente él mismo ofendido por la intolerancia de ambos bandos. Los superiores no aprecian su esfuerzo. Este peón fue comido, hay que lanzar otro peón a la guerra. Reyes Heróles conoce bien la cocina de estos guisos de la política pues encuentra siempre una forma de explicarnos lo inexplicable.

Hay tres ocasiones en la novela en que Meñueco se siente ofendido porque algunos de esos terratenientes o políticos, desde Nueva York o enfundados en trajes delicadísimos en oficinas elegantes, llaman *indios* a quienes ocupan San Mateo. Meñueco es el peón que paga los errores de las grandes piezas del ajedrez político que se juega en el sureste mexicano. Cuántas veces no nos hemos sentido así. *Noche tibia* es una novela dual, donde las razones del hombre resultan tan buenas como las de la mujer. En esta pareja arquetípica, Manuel y Elía, encontramos vida y conocimiento, exageración, amor, desamor, fuerza, pero nunca insulto, agravio. Aun cuando se cuentan sus infidelidades, con Octavio y Mariana, mantienen un tono amable. Es interesante la propuesta del escritor. Esta pareja representará a la pareja del siglo XXI, no será ese matrimonio del siglo XIX forzosamente metido en el siglo XX. Cuando los vemos reunirse, finalmente, cuando ya no leeremos sus pasiones a través del albéitar redentor de la misiva, es entonces cuando nos damos cuenta de que la tesis no está en el conflicto político, sino en el conflicto amoroso. Mucho nos recuerda Reyes Heróles a André Gide, que en *Los monederos falsos* discurre entre el ensayo y la historia de los amantes. El entorno se ha podrido, parecen decirnos Elía y Manuel Meñueco, hay que rescatar nuestra casa. Está tibia la noche, dice ella. Él le dice: contentémonos para sabernos. Saberse al contentarse es fincar una relación donde ambos tienen voz, donde no hay quién mande, quién obligue o quién lleve las riendas del hogar.

LA VIDA SIN EMOCIONES

Con los años comprendí que el quehacer de un escritor era ampliar el alma para sentir más y mejor y poder poner esos sentimientos en negro sobre blanco, atraparlos en palabras.

Federico Reyes Heróles

El abismo comienza como un día normal en la vida de los personajes. Esteban y María notan que en los pequeños tropiezos de ese día (el vaso que se cae, la búsqueda de un departamento) hay un azar que los unirá. Pero Esteban, esta otra cara del narrador de *Noche tibia*, no cree en el azar. No lo cree porque su vida es regida por itinerarios inalterables. Ejercicio-oficina-viaje/viaje-ejercicio-oficina parece ser su rutina. Rotular cada capítulo con un verbo en infinitivo provoca la sensación

de movimiento, esa gentileza del autor es la que agradecemos pues ahí encontramos el meollo de la cosa, definiéndolo en términos lezamianos.

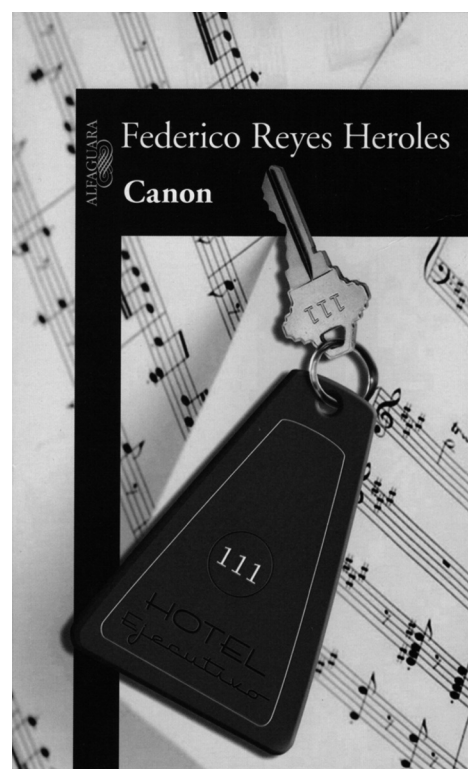
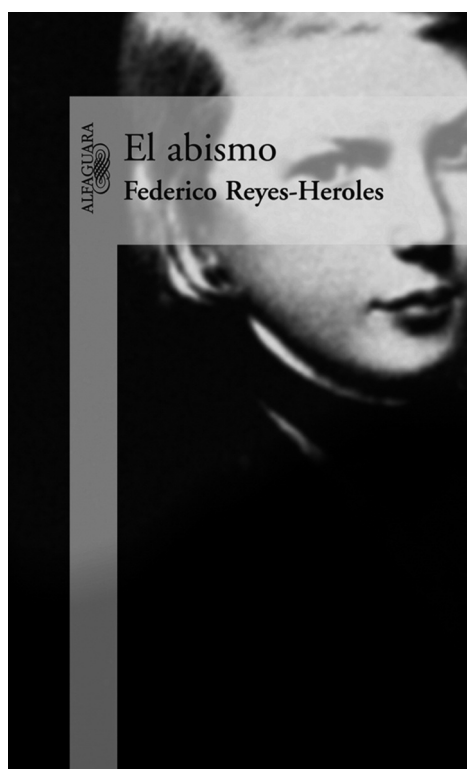
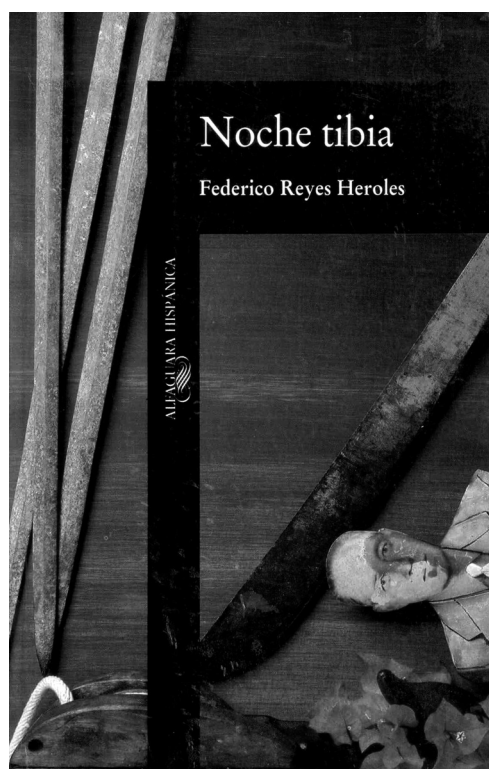
Aunque el protagonista no se mueve mucho, el azar lleva a su puerta a María quizá con la complacencia del portero, don Genaro. Así, el sedentario no tuvo que salir, el azar llegó hasta él. María llega y se enamora de Esteban con la misma fuerza que él se enamora de ella. Él tarda más en esclarecerlo. Esteban pronto encontrará quién disipe sus dudas, o quiénes, más bien. El mismísimo Victor Hugo entra en escena, acompañado de Jean Valjean. Aquí atina nuevamente el autor. Porque el creador de *Los miserables* y su personaje son ya entidades inseparables, entidades fortalecidas uno por el otro. Esteban, mientras padece el acoso terrible de ansiedad, encuentra en la azarosa vida de Jean Valjean la respuesta a sus preguntas.

Narrar a la manera de Kundera tiene sus ventajas; una es que el escritor puede despersonalizarse casi totalmente del problema y otra que puede aducir respuestas en boca de los que vieron el problema mucho más de cerca



Federico Reyes Heróles

© Javier Narváez



o, mejor, antes que nuestros contemporáneos. Donde acierta Reyes Heróles es en unir a María, quien finalmente se queda con el piso de arriba, teniendo como vecino a Esteban en el piso de abajo, ese 11 de septiembre de 2001, cuando tres aviones se estrellaron, dos contra las Torres Gemelas, otro contra el Pentágono, provocando la desazón en los norteamericanos al saberse vulnerables. Almas buenas, María y Esteban se conducen del desastre, afianzándose en una confianza que tornará sus vidas en un romance, extraño pero hijo finalmente de estos tiempos. La lectura de *Los miserables* que va conduciéndonos por la vida y hazañas de Victor Hugo también es la guía con la que Esteban encuentra los motivos de su encuentro con María. Sin embargo, el encuentro se da porque el azar juega su papel. Esteban y María serían papeles al viento, juguetes del destino, para citar una frase manida, si no fuera porque el autor siempre ofrece la alternativa de las vidas del autor francés y su personaje. Así, el ángel literario que verá por la pareja resulta ser el autor de *Los miserables*. Reconocerse en un rostro, en una imagen, en una novela parece ser la propuesta, buena por cierto, de Reyes Heróles, quien aprovecha el menor movimiento de la pareja para hacer su respectivo movimiento, no en balde es buen jugador de ajedrez —ya lo vimos en la novela anterior.

La construcción de la novela está hecha, como todas las de este autor, por capítulos breves, de rápida lectura, de momentos entrañables, momentos que dejan atrás las jugadas con los políticos para adentrarse, adentrarnos, en una partida más interesante, la que jugamos con la dama de nuestros amores. Reyes Heróles no es un escritor complicado. Su narrativa ofrece muchos asideros

pero no concede. No ofrece el asidero para facilitar las cosas. Siguiendo la tradición kunderiana, apoya la tesis del escritor checo en la que señala que cada novela debe decirnos que las cosas son más complicadas de lo que creemos, cada novela debe complicar el encuentro del caso, de la cosa, hablando como mi admirado Lezama Lima. La cosa en *El abismo* se complica porque Esteban se enferma y María, a pesar de ser una mujer moderna, no lleva su modernismo al grado de declararse ella. Esteban necesita la felicidad pero no se atreve a ser lo suficientemente feliz. El desenlace será igualmente sorprendente.

TRATADO DEL SECRETO COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES,
O CÓMO SOBREVIVIR SIN SECRETOS

Un escritor no puede tener límites, debe poder experimentar emociones diversas, disfrutar de una deliciosa nieve o bailar en algún arrabal de Buenos Aires.

Federico Reyes Heróles

Una pareja juega con la infidelidad. Él, Julián, fotógrafo, le pide a Mariana la noche del cambio de siglo que se mantenga viva, que avive la llama de su pasión de ser necesario, siéndole infiel. A la esposa, Mariana, no le agrada la idea, pero no la desdén; esposa y madre ejemplar, conoce la fortuna de haber tenido hijos joven con Julián y ahora se dedica a la arquitectura, su profesión. Entre ambos queda la propuesta de la noche de fin de año, principio del siglo XXI. Ambos siguen su vida rutinaria, pequeña, enjaulada en las mil tareas cotidia-

nas. Una mañana, cuando Mariana se siente más acosada por los relojes, comienza todo. Los relojes le recuerdan que tiene momentos en su vida que no utiliza. Ésa será una de sus preocupaciones durante el recorrido de la novela.

Marzo. Tres meses apenas después de la propuesta. Así se van dando las cosas, mientras Reyes Heróles, gran melómano, teoriza sobre ese maravilloso cosmos musical que es el *Canon* de Pachelbel. Pachelbel, maestro del maestro Bach, descubre en la bella forma de la repetición, esa incansable repetición donde un instrumento da una melodía que es seguida por otros instrumentos formando un diálogo tonal que sobrepasó las expectativas del siglo XVI. Pachelbel discurre por donde Bach, algunos años más tarde, discurrirá con el arte de la fuga. Repetir las cosas es estar inerme. Quien no cambia, vive una existencia rutinaria, conforme, apacible. El cambio, lo discordante, es lo que provoca las grandes guerras, los grandes viajes, las grandes aventuras. Un desliz de Mariana provoca que el canon se interrumpa, que la música se bifurque planteando otro sendero musical que es aterrador porque no tiene fin. Julián y Mariana descubrirán que no están preparados para el cambio. Mariana no entiende esa obsesión de su esposo por el canon de Pachelbel, descubre que ella necesita vivir, sentirse viva, deseada, cortejada por otro. Salirse del canon para vivir, aunque poco después el mismo autor referirá la hermosa frase de Mircea Eliade: “La realidad se adquiere exclusivamente por repetición”.

Reyes Heróles no cae en la trillada historia del triángulo amoroso. Esta figura geométrica se cierra, concluye, tiene un principio y un fin exactamente enmarcados por la cerrada armazón de su composición. El canon es múltiple, abierto, provocador en su cerrada estructura. *Canon* tiene un desarrollo musical extremadamente empático. Mariana y Julián no cumplen la anécdota del triángulo, ni se involucran falsamente con otras personas. Todo ocurre en esta novela tramada en un telar de proporciones exquisitas con una métrica brutal y correcta. Los capítulos breves —ya hablé de ellos en la narrativa de Reyes Heróles— invitan al lector a avanzar teniendo como fondo los acordes de este músico importantísimo, olvidado por las nuevas generaciones, que ordenó las notas extremándolas hasta el delirio. Así camina el autor por la historia de una pareja que no soportó decirse la verdad. Mariana tiene un desliz con otro hombre, pero lo que en una telenovela barata es el punto clave de la historia aquí sólo es un mero accesorio con el que el autor de *El abismo* —otra interesante descripción de cómo una pareja se reúne— sale adelante del tratamiento banal, cotidiano, común. No sabiendo vivir con la infidelidad de su esposa, aun habiéndola propuesto, Julián sale de su casa, se comporta como el marido ofendido, busca una vida de soltería que le pesa.

Por su parte, Mariana tiene sus primeros acercamientos con el dolor. Reyes Heróles lanza dos o tres interesantes aforismos sobre la vida en pareja: “El que sufre, vive”; “No existimos cabalmente sin conciencia del tiempo”; “La realidad se adquiere exclusivamente por repetición”.

El autor convoca a las mejores mentes que han reflexionado sobre estos temas. Me imagino una mesa de café, donde Kant, Newton, Mircea Eliade, Denis de Rougemont, Oscar Wilde, Fernando Savater, charlan amigablemente (arrebatándose la palabra entre sí, a pesar de sí mismos) mientras Reyes Heróles tiene las antenas muy atentas a las sesudas mentes que hablan sobre la fidelidad, la repetición, el tiempo, la soledad, el matrimonio, el sufrimiento. Más que una novela de personajes, ésta es una novela de teorías, reflexiones, causas que provocan reacciones pero siempre se puede volver al orden.

Ésa es la propuesta de Pachelbel: desorganizar, hacer que parezca desorden; volverlo a retomar para organizarlo. Armonizar los sonidos discordantes, haciéndolos concordantes, resurgir del caos renaciendo. Pero la moraleja no es solamente (falsamente) *hay que ser infieles para recuperar la felicidad*. No. No es tan simple. Una vez dada la infidelidad, hay que ser lo suficientemente fuertes, veraces, inteligentes para superarla. Al romperse el equilibrio, el caos se apodera de las vidas de todos, esposos, hijos, abuelos. Mas todo encuentra su cauce cuando el director (azar, destino, valores) toma la batuta, da dos o tres golpecitos en su atril y comienza las ocho notas del *Canon*. Ahí vuelve todo a la normalidad. Las heridas se cierran, los excesos se minimizan, se fortalece la familia. *Canon* no es una novela que se lanza al lado salvaje, estilo de muchos novelistas contemporáneos. Correctamente escrita, llevando al lector por senderos conocidos, por ello mismo no vistos. *Canon* propone que los monstruos que acechan la felicidad de la pareja pueden regresar por donde vinieron exorcizándolos con la sensatez de la repetición. Eso es el canon. Ése fue el descubrimiento fundamental de Pachelbel. Trasladarlo a las letras era tarea de un virtuoso. Reyes Heróles lo es.

PALABRAS EN LA PARED

...te habremos de buscar en nuestros recuerdos y en nuestros sueños sabiendo que eres parte central de la gran nación que ayudaste a construir.

Federico Reyes Heróles

Normalmente las novelas sobre periodistas ofrecen un enorme vacío en el personaje. Residuo de la novela negra, el periodista luchando contra una sociedad que lo

envilece substituyó al detective harto de pelear contra los malos así como contra los buenos. Refiero a la novela de Reyes Heróles con la que cerraremos esta andanada, *Ante los ojos de Desirée*. Doble incursión entre los afanes de un periodista por encontrar la Verdad, y su amor por Desirée perdida en el tráfico desdichado de un allanamiento. *Ante los ojos de Desirée* es una connotada realidad de nuestros tiempos, de todos los tiempos. Luciano Talbek recibe un documento comprometedor y lo firma. De esta acción deviene un cúmulo de sobresaltos, obviedades, amenazas, lejanías y cercanías amistosas que sólo salvará el amor que Luciano siente por Desirée.

La musa está ahí, Reyes Heróles pareciera identificarla siempre con la mujer alcanzada-perdida-recobrada. Aunque éste es el primer libro que leo donde la musa se pierde, para encontrar otra que no suple a la primera porque ésta es una gran enseñanza que nos da el autor: nadie es igual a otro, es otro, u otros, pero nunca el mismo. Talbek avanza entre pesadillas, es golpeado, vejado; disidente, abomina de los lugares comunes, forja

estudiantes, lanza aullidos de soledad porque no saben los protagonistas de Reyes Heróles estar solos. La soledad es un castigo dentro del cosmos narrativo reyesheroliano. Lo que impele a otros a luchar por el encuentro, en estas novelas es karma dentro del karma. Parece una muñeca rusa de ésas que vas abriendo hasta encontrar una dentro de otra, cada una más pequeña, que fuese dejando ver las salidas, las entradas del narrador.

Ante los ojos de Desirée es la primera novela que leo de Reyes Heróles narrada en primera persona declaradamente. Las otras narran casi llevándonos de la mano a la historia, pero ésta en particular subraya el yo por sobre otros narradores. En *Noche tibia* el narrador cede la palabra a la amada. En *Canon* y *El abismo* se narra en el estilo de Kundera, manteniendo distancia siempre. Pero en la que ahora nos ocupa hay un yo fortalecido por su descubrimiento, descubrimiento que se va volviendo contra el que abrió la muñeca rusa. Talbek es el moderno Prometeo al forjar un monstruo que se lo come, junto con Desirée, junto con su trabajo hasta que el gran resonador del siglo xx, el periódico, abre los ojos de la dormida sociedad. La lucha de Talbek en esta novela es contra los ministros que, excediendo sus prerrogativas, adquieren armamento militar innecesario. La milicia no deja pasar mucho tiempo sin castigar al periodista incurriendo en la muerte de Desirée. Se ha desatado el karma.

El protagonista no lucha contra una sociedad ciega, lucha contra todo el aparato de la sociedad. Esta novela es la única en el cosmos de nuestro autor que abre las entrañas de los corrillos malsanos de la hegemonía gubernamental. La única donde el héroe es golpeado por ello lesionándolo en el más fuerte de sus tormentos. Reyes Heróles pulsa registros delicados firmemente. No hay en *Ante los ojos de Desirée* un alegato faciloides en contra o a favor de nadie. El periodista hizo su trabajo, el gobierno hizo el suyo. Todos cumplieron. Gana el periodista porque en este valle de lágrimas que abate, Talbek fue un duro león para el combate. La obra reyesheroliana forma lectores porque este tema, conocido en el ámbito social, es poco tratado en literatura. La buena literatura no toma revanchas, más bien ajusta cuentas. La justicia poética existe. *Ante los ojos de Desirée* es un certero ajuste de cuentas con el poder, que tiene pies de barro como en el mito bíblico. Talbek leyó las palabras en la pared en el festín de los poderosos vaticinando la caída. Logró su objetivo a un precio elevado, sí, pero ¿quién dijo que la lucha contra los poderosos era fácil? Estamos ante un autor del siglo xxi, definitivamente un autor que deja ver, a la manera de Víctor Hugo, autor de su preferencia, la miseria en la que incurre la sociedad toda. Parafraseando a otro de sus grandes autores preferidos, Alexis de Tocqueville: te buscaremos en nuestros recuerdos y en nuestros sueños sabiendo que eres parte de la gran nación que ayudas a construir. **u**

